



CAPITULO V DOS FRACASOS CONSECUTIVOS

HABÍA LLEGADO EL MOMENTO DE planear mi vida, sobre todo mi vida de hombre independiente. Mi porvenir no estaba en Cananea, ni gravitando sobre el negocio de mi hermano Fernando. En mi conciencia pesaban las amonestaciones de mi padre, quien para suscitarme o porque en verdad así lo creyera, había llegado a decir que yo nunca sería un hombre útil. Algunas veces me consideró perezoso. Se debió a que me encargaba trabajos que yo juzgaba desproporcionados para mi edad y mis fuerzas, que me causaban fatiga. Por esta razón me le escabullía en cuanto era posible. Pero lo grave venía cuando me quejaba de cansancio. La reprimenda era severa:

—Los hombres no se cansan en el trabajo —me decía.

Entonces mi padre construía por su cuenta o dirigía la construcción de casas y viviendas. Junto con sus reproches venían los consejos sanos, que tanto me habían de orientar en la vida. El tema de la construcción le servía para aleccionarme.

—No puedes —me decía— erigir un edificio sobre un terreno falso o sin los cimientos que garanticen la consolidación y el sostenimiento de la obra. De lo contrario edificarás algo que fatalmente habrá de derrumbarse. Por eso los niños deben irse formando desde pequeños y adquirir costumbres que ga-

ranticen su porvenir. Todo es producto del esfuerzo y se logra con voluntad. Debes cultivar los hábitos venturosos, que forman el carácter, porque sólo con fuerza de voluntad puede construirse una vida propia y segura y gozar de bienestar.

Hoy admiro esta sana filosofía. Pero cuando niño tenía mis dudas. Había sido indisciplinado y poco estudioso. Mi padre llegó a perder la fe en mi porvenir y así lo dijo a mi madre, quien reaccionaba a mi favor, diciendo:

—Ya verás.... ya verás la sorpresa que va a dar Abelardo. No es perezoso. Lo que pasa es que le desagradan los trabajos a que lo sometes.

El secreto del éxito estaba, por tanto, en encontrar mi verdadera vocación. Creí encontrarla en la música y particularmente en el canto.

Tenía 18 o 19 años, cuando llegó a Nogales el maestro de canto José Pierson. Su viaje había tenido por objeto vender un rancho que había heredado y que se encontraba cerca de Imuris, al Sur de Nogales. Era fácil de localizar la propiedad, porque en ella había una estación del Sudpacífico, llamada Pierson.

Me gustaba mucho el canto y la buena música, y como se me había metido en la cabeza que tenía buena voz, recibí, aunque con mucha inconstancia, algunas lecciones de música, que para nada me habían servido.

El maestro Pierson, que venía acompañado del tenor Chicho García, dio algunos conciertos en Nogales y asistí a todos ellos.

Pierson era el más renombrado profesor de canto que existía en México. Fue después el maestro del mundialmente famoso y conocido tenor mexicano Pedro Vargas. Me presentaron a él y aproveché la oportunidad, cuando hablamos de música, para decirle que yo creía tener voz. Me indicó su buena voluntad, su deseo de oírme y me examinó en solfeo. Me

puso de pie al lado de un piano que él mismo tocaba. Por el largo tiempo que me dedicó parecía darle importancia al asunto. Al terminar me dio unas palmaditas en el hombro. Esto me dio mala espina. Sin embargo, me dijo que tenía buena voz, pero que necesitaba estudiar y educarla; que si fuera a México gustoso me aleccionaría. Lo confieso sinceramente: me entusiasmó con su promesa y con la seguridad que manifestaba de que llegaría a cantar bien.

Por la falta de dinero no podía emprender el viaje a México. Además no conocía a nadie en la capital. Por eso decidí ir a Los Angeles que estaba más cerca. Además tenía la seguridad de encontrar allí trabajo, sin largas esperas.

Y así aconteció en efecto. Al día siguiente de haber llegado, pude trabajar en un gran taller que se dedicaba a construcciones de hierro. Empecé ganando veinticinco centavos por hora, o sean dos dólares por la jornada de ocho horas. Doce dólares a la semana.

Lo importante era encontrar quien me enseñara el canto. Busque un profesor y después de mucho consultar entre las amistades, se me recomendó a un alemán, muy conocido entre las familias mexicanas. Me arreglé con él. Me cobraría solamente tres dólares por lección de media hora. Como lo que ganaba eran doce a la semana, convinimos en que sólo tomaría una lección cada ocho días. No podía disponer de más dinero. Concurrí religiosamente a la clase semanal, pero noté que no adelantaba gran cosa. Al terminar la octava lección, el profesor se levantó del banquillo del piano y vino hacia mí, dibujando una sonrisa que reflejaba compasión. Parecía que causaba yo lástima al profesor. Este se me acercó e igual que lo había hecho antes el profesor Pierson, me dio unas palmaditas en el hombro. El maestro alemán fue mas claro y contundente que Pierson, pues éste no me había desengañado y aquél lo hizo definitivamente.

—Tu tienes buena voz; pero no oído. Te recomiendo que busques otra cosa que hacer. No gastes tu tiempo y tu dinero en estudiar música. Créeme que lamento el tener que decirte esto, pero lo hago por tu propio bien.

Durante la noche medité seriamente mi situación. Era necesario buscar que hacer, con éxito en mi vida. Al saber mi incapacidad para la música, volví, provisionalmente a trabajar con mi hermano Fernando. Igualmente me reincorporé a la novena de beisbol y reanudé las actividades que había abandonado con motivo del viaje a Los Angeles. En el negocio de Fernando me ocupaba calculando el costo de las mercancías que llegaban de los Estados Unidos, de Francia y de Alemania. Era necesario hacer la conversión a moneda nacional, sobre la base de los diversos tipos de cambio. Además marcaba el costo y precio de venta de casi todas las mercancías. En ocasiones ayudaba a mi hermano en el trabajo de la contabilidad y en otros diversos asuntos de la oficina. Pero mi carácter no cambiaba. No soportaba el encierro a que me obligaba ese trabajo. Seguía gustándome el aire libre.

Decidí trabajar en los ferrocarriles. Al ingresar se me indicó que para hacer la carrera de esta actividad, debería empezar desde abajo. Naturalmente acepté y se me comisionó, como aprendiz de garrotero, en un tramo de ferrocarril que se construía de Estación Corral y el río Yaquí, a Cumuripa.

Había en uno de estos trenes de trabajo un joven irlandés llamado Gilbert, que fungía como conductor. Con él me comisionaron. Era la época en que, cuando menos los conductores del Ferrocarril Sudpacífico, eran extranjeros. Como yo hablaba inglés y tenía vivos deseos de aprender, entré en contacto con el conductor Gilbert. Probablemente porque le simpaticé, pero el caso es que desde luego me distinguió de entre los demás e intentó enseñarme todo lo relacionado con el trabajo. Me advirtió que si en verdad quería ser ferrocarrilero, era necesario que conociera todo lo relacionado con el oficio,

inclusive las partes que contienen los carros, tanto de carga como los pasajeros. En sus ratos de ocio me llevaba a donde hubiera un coche o furgón y, una por una, me citaba las piezas, especialmente las de la parte inferior, las cuales consideraba como las más importantes para la seguridad del equipo.

Cuando Gilbert estimó que tenía yo los conocimientos necesarios, me recomendó y se me mandó a trabajar a la estación de Navojoa, como inspector, precisamente de la parte baja de los coches de pasajeros que de paso llegaban a esa estación, así como de los trenes de carga y furgones que ahí mismo se estacionaban.

Poco tiempo duré en ese empleo, porque al ser examinado descubrí que sufría de daltonismo y que, por tanto jamás podría ser ferrocarrilero. Había ansiado llegar a ser conductor de trenes. El daltonismo es un defecto de la vista que consiste en confundir los colores, especialmente el verde con el rojo, que son los dos colores más usuales en las señales y luces del sistema ferrocarrilero. Naturalmente era imposible que, con esta enfermedad de la vista, pudiera yo desempeñar actividades semejantes. Antes había ignorado que sufría de daltonismo; pero una noche, estando con el agente de la estación, le pregunté que significaba una luz amarilla que se destacaba en las señales. Se me quedó viendo con sorpresa y me rectificó:

—Esa luz no es amarilla sino verde, e indica al maquinista que tiene vía libre. No conociendo los colores nunca podrás ser ferrocarrilero —me aseguró.

Después me cercioré de que precisamente los colores rojo y verde eran los que más confundía. Opté, con ese desengaño, a desistir de ser ferrocarrilero.

Después de este segundo fracaso me vi obligado a trabajar otra vez con mi hermano. Lo grave es que había cumplido los veinte años y me sentía realmente agobiado por el peso de dos desastres consecutivos.

Las ideas de la Revolución se habían extendido ya en el Estado de Sonora y no era extraña en mí la idea de poder hacer algo en beneficio de la patria y especialmente de las clases trabajadoras, a las que pertenecía. Pero realmente no sabía cómo ni por dónde empezar. Me atormentaba un torbellino de ideas dispersas. Pero ninguna de ellas era definida y no podía ordenar mis principios y definir claramente mis propósitos. En el fondo era más un sentimiento que un pensamiento. Era una serie de llamaradas que se esfumaban sin utilizar su potencialidad o su fuerza. Carecía de la preparación necesaria y mi inquietud se traducía en desgaste de energía y cansancio mental. Mis tribulaciones eran grandes, porque no encontraba la forma de iniciar la realización de alguna idea.

Todo esto era consecuencia de mi impreparación, lo que me reproché tanto, pues, como antes relaté, más me dediqué de niño a juegos y travesuras, que a la aplicación y aprovechamiento del estudio. Mi incertidumbre era completa y, para disiparla, buscaba todo tipo de distracciones, lo mismo en las aventuras que en las parrandas sabatinas, que tanto se acostumbraban en la provincia.

Así viví dos o tres años. Pero con frecuencia brotaban en mí las ideas de la Revolución que seguían propagándose en el Estado de Sonora y que me inducían a hacer algo en beneficio del proletariado. Ello estaba ya radicalmente incrustado en mi espíritu. Pero, repito, me faltaba preparación.

—Si volviera a vivir aprovecharía cada momento posible (sin dejar el deporte o ejercicios necesarios para el desarrollo y salud físicos), en estudiar, leer y en general prepararme para realizar cualquier obra útil. Durante la época que estoy relatando, me reprochaba ya haber perdido tan precioso tiempo en mi mocedad y hoy lo lamento todavía. Que los niños y los jóvenes aprovechen esta lección.

Ya he relatado mi amistad con hombres mayores que yo. Todos coincidían en un punto. Atribuían su pobreza a la falta de educación. Había algunos con mucho ingenio y buen criterio y eran ellos los que más se lamentaban de no haber tenido la instrucción necesaria. Me decían:

—Veme cómo estoy ahora, sin tener qué comer y sin poder trabajar y, después agregaban—, no vayas a ser tú también uno de los nuestros. Estás en edad escolar; atiende tus estudios y prepárate para que cuando seas hombre, no sufras las necesidades insatisfechas que nosotros padecemos, ni permitas que otros las sufran.

Estas observaciones fueron un factor decisivo en la transformación de mi imaginación de niño, ayudaron a formar mi carácter y a pensar y reconocer, desde mis primeros años, que existía la desigualdad social y que habría que buscar una solución a este problema, con el propósito de mejorar, hasta donde fuera posible, a las clases desheredadas.

Cuando ya hombre seguí tratando de entablar relaciones con mayores que yo, procuraba acercarme a la gente de valimiento, para escuchar sus conversaciones y relatos. Me acercaba a mis jefes y a los hombres de prestigio con quienes tenía la fortuna de rozarme y todo lo hacía con el objeto de imitar lo que me parecía bueno y útil, de acuerdo con mis convicciones.

Después de tantos titubeos, decidí estudiar cooperativismo por correspondencia. Esto fue a mediados de 1912. Había llegado a la conclusión de que esta era la solución del problema obrero de la República. Pensé que debían organizarse cooperativas de producción y de consumo y crearse centros de distribución que dependieran de las cooperativas productoras. Estos centros deberían estar en todas las ciudades y mercados importantes. Me imaginaba la posibilidad de establecer el comercio entre uno y otro Estado, mandando mercancías

que no se produjeran en la entidad federativa de que se tratara. Las cooperativas de consumo deberían estar en todos los centros comerciales, especialmente en los centros de trabajo. Lógicamente, también deberían instalarse cooperativas de producción y consumo locales en cada Estado. En una palabra, me inspiraban estas ideas los sistemas de cooperativismo establecidos en el Norte de Irlanda, Alemania y países escandinavos. El proyecto era, aparentemente un sueño. Pero yo tenía la certeza de que, cuando menos, debía hacerse el intento desde luego y que a la postre el éxito sería bueno. Sentía que el cooperativismo, bien fuera de producción o de consumo, con sus ramificaciones, agencias de venta y distribución, etcétera, podría ser una forma de nivelación de las condiciones económicas del hombre, así como medio de acercamiento entre las clases productoras y consumidoras del país.

No pude terminar mis estudios sobre la materia. Apenas estudiadas las primeras lecciones, fui llamado a trabajar en el Gobierno, en el año de 1912.

A la sazón gobernaba el Estado de Sonora don Ignacio Pesqueira, maderista, y era prefecto del Distrito de Nogales don Antonio Legazpi. Este último me invitó para que asumiera la Comandancia de Policía de Nogales. Acepté desde luego. Pensé que el encargo podría ser la iniciación de una carrera dentro de las filas del Gobierno y que podría desarrollar con mayores facilidades mi programa de acción, en el campo del cooperativismo o en cualquier otra forma. Mis ideas empezaban a coordinarse. Ya no eran atropelladas. Tenían ambición de cooperar para el engrandecimiento del país y se afianzaba una vez más mi propósito de fomentar la elevación del nivel de vida de la clase social a la que pertenecía, o sea a la clase trabajadora.

Naturalmente me daba cuenta que como Comandante de Policía nada podía hacer en ese aspecto; pero también presentía que ese empleo sería el primer escalón para subir hacia otros a donde podría realizar mis propósitos. Así fue.